



NÉSTOR F. MARQUÉS

¡QUE LOS DIOSES NOS AYUDEN!

Religiones, ritos y supersticiones
de la antigua Roma




ESPASA

NÉSTOR F. MARQUÉS

¡QUE LOS
DIOSES
NOS
AYUDEN!

Religiones, ritos y supersticiones
de la antigua Roma


ESPASA

© Néstor F. Marqués, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Espasa es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Imágenes de la cubierta: © Bauhaus1000 / DigitalVision Vectors y DEA / Getty Images
Fotografía del autor (solapa): © Javier Sanz Dueñas
Imágenes del interior: © Catherine Leblanc / Godong / Akg_images / Album; Musei Vaticani; Universidad de Cambridge; © M. Carrieri / DEA / Album; © Andrea Jemolo / Scala; © 2021 DeAgostini Picture Library / Scala; © RMN-Grand Palais; © Marie Lan Nguyen / Wikimedia / Museo del Louvre; Museo Arqueológico Nacional; © Münzkabinett Berlin; © Classical Numismatic Group, Inc.; Museo Arqueológico Nacional de Tarragona; © Photo Scala Florence; © American Numismatic Society; © DeAgostini Picture Library / Scala, Firenze; © Photo Scala, Florence / Fotografica Foglia - courtesy of the Ministero Beni e Att. Culturali; Boyce, 1937, lám. 31.1; © Vladimir Khirman / Shutterstock; © Sailko / Indianapolis Museum of Art; © Archivo fotografico Musei Capitolini; © Cristian Chirita / Wikimedia; © George E. Koronaios / Wikimedia; archivo fotográfico del autor
Iconografía: Grupo Planeta

Preimpresión: Safekat, S. L.

ISBN: 978-84-670-6341-7
Depósito legal: B. 11.098-2021

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España / *Printed in Spain*
Impresión: Rodesa, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

ÍNDICE

| | |
|----------------|----|
| PREFACIO | 11 |
|----------------|----|

PARTE I NACIMIENTO

| | |
|---|----|
| En el principio era el mito | 20 |
| Un mundo repleto de dioses | 39 |
| Un nuevo hogar | 54 |
| En el nombre de Numa | 61 |
| Los dioses que llegaron de Tirrenia | 68 |
| La traición tiene nombre de dios | 74 |
| Una interpretación imperfecta | 81 |

PARTE II CRECIMIENTO

| | |
|------------------------------------|-----|
| La tríada teológica | 94 |
| Una gran familia religiosa | 101 |
| Mensajeros y protectores | 109 |
| El alimento de los dioses | 130 |
| El poder de la palabra | 153 |
| Señales de un futuro pasado | 163 |
| El sentido de una desgracia | 177 |
| El mal que envenena el mundo | 193 |

PARTE III
MADUREZ

| | |
|---|-----|
| Un reducto de sabiduría | 208 |
| El salvador deseado | 211 |
| Los elegidos de Júpiter | 236 |
| Un hogar para los dioses | 255 |
| La devoción familiar | 258 |
| Religiosidad y magia para sobrevivir a una pandemia | 276 |
| Mil maneras de morir en la antigua Roma | 292 |

PARTE IV
MUERTE Y RESURRECCIÓN

| | |
|---|-----|
| El nuevo elenco divino | 316 |
| Respuestas en el firmamento | 333 |
| Entre corderos y leones o la tolerancia de los intolerantes | 346 |
| Muerte y destino de un Imperio | 362 |
| El poder de la salvación universal | 379 |
| EPÍLOGO | 395 |
| AGRADECIMIENTOS | 399 |
| FUENTES CLÁSICAS | 401 |
| BIBLIOGRAFÍA | 405 |
| ÍNDICE DE TÉRMINOS | 425 |

PARTE I

NACIMIENTO

Cum multae res in philosophia nequaquam satis adhuc explicatae sint, [...] et perobscura quaestio est de natura deorum, quae et ad cognitionem animi pulcherrima est et ad moderandam religionem necessaria. De qua [cum] tam variae sint doctissimorum hominum tamque discrepantes sententiae, magno argumento esse debeat [ea] causa, principium philosophiae ad h^{} scientiam, prudenterque Academici a rebus incertis adsensionem cohibuisse. Quid est enim temeritate turpius aut quid tam temerarium tamque indignum sapientis gravitate atque constantia quam aut falsum sentire aut, quod non satis explore perceptum sit et cognitum, sine ulla dubitatione defendere? Velut in hac quaestione plerique, quod maxime veri simile est et quo omnes †sese duce natura venimus, deos esse dixerunt.*

En filosofía son muchas las cosas que, hasta ahora, no se han explicado en absoluto de manera suficiente, pero resulta especialmente difícil y oscura [...] la cuestión referente a la naturaleza de los dioses, una de gran belleza para el conocimiento del espíritu y necesaria para encauzar la práctica religiosa. El que las opiniones de los hombres más doctos resulten tan diferentes y discrepantes respecto a ella debería ser una buena prueba de que la ausencia de saber está en el principio de la filosofía, y de que con buen criterio se abstuvieron los de la Academia de dar su asentimiento ante asuntos inciertos. Y es que ¿acaso hay algo más reprochable que la incoherencia?, ¿hay algo tan incoherente e indigno de la seriedad y el rigor de un sabio como mantener una opinión falsa o como defender, sin vacilación alguna, aquello que no se ha llegado a comprender y a conocer mediante el suficiente examen? En este tema, por ejemplo, la mayoría ha dicho que los dioses existen, como es lo más verosímil y como todos concluimos, bajo la guía de la naturaleza.

(Cicerón, *Sobre la naturaleza de los dioses* I, 1-2)

EN EL PRINCIPIO ERA EL MITO

«En el principio era el caos, y de él nació Gea, la de amplio pecho, tierra firme que sustenta a todos los inmortales que habitan la nevada cumbre del Olimpo». Gea alumbró primero a Urano y de ambos nacerían las generaciones de titanes, dioses y mortales. Entre estos últimos estaba Hesíodo, el poeta que comenzó su *Teogonía* con las líneas que acabo de citar.

Estoy seguro de que alguna vez te has acercado a conocer la mitología del mundo clásico. Es probable que incluso te la descubrieran en el colegio, ya fuera en clase de latín, en cultura clásica, arte o literatura. Si te la mostraron con pasión es posible que te interesaras por aquellas leyendas, aunque solo fuera un poco. Los doce trabajos de Hércules, Saturno —o, más bien, Cronos— devorando a sus hijos, los futuros dioses olímpicos, o los propios poemas de Hesíodo y Homero. Y tal vez, quizá solo de forma inconsciente, en el fondo de tu mente se generó una idea difusa de lo que era la religiosidad en el mundo antiguo. El *mythos* contra el *logos*, lo legendario contra lo histórico.

Si algo de lo anterior ha despertado en ti aunque solo sea un lejano recuerdo de un tiempo pasado, créeme, vamos por el buen camino. Pero, como descubrirás, todavía queda mucho por recorrer. Los grandes mitos griegos, plasmados por los poetas más respetados de la Grecia arcaica, nos hablan del origen de todo. Pasar de la ausencia a la existencia. La cosmogonía, o la creación del mundo, abre camino rápidamente a la teogonía, que justifica el nacimiento de las divinidades y que realmente forma un todo con la anterior. Creadas estas, como principales garantes del orden que rige sobre el mundo, vislumbramos la antropogonía, o la creación del ser humano, los mortales que viven gobernados por los dioses.

Pero todos estos dioses tienen nombre griego, aunque en algunos casos los encontremos *traducidos*. No es casual —aunque mirado des-

de cierto ángulo pueda parecer hasta contraproducente— comenzar un libro sobre religión romana hablando de la griega. Es innegable que ambas guardan relación entre sí en cuanto que coexistieron en el mundo mediterráneo durante la antigüedad y tuvieron influencia la una sobre la otra. Pero seguramente no el tipo de influencia ni en las condiciones que quizá estás imaginando.

La religiosidad griega y la romana eran en realidad muy diferentes, incluso sin tener en cuenta la propia mitología griega, si es que podemos nombrarla de forma unívoca y en singular, puesto que la componían numerosas tradiciones diferentes. Estas, en ocasiones, llegaban hasta el extremo de ser diametralmente opuestas y contradictorias entre sí, sin que aquello realmente supusiera un problema.

Pero, ¿por qué digo que la religiosidad griega y la romana son tan diferentes? ¿Acaso no compartían los mismos dioses? ¿Nos mintieron de pequeños cuando nos contaron que Júpiter no era más que Zeus con otro nombre? Por supuesto, tendremos tiempo de resolver, a lo largo de las páginas de esta primera parte, esas y otras dudas que te pueden estar surgiendo. Y me gustaría comenzar ahora con esa duda primigenia que nos acompaña universalmente como especie y que estoy seguro de que más de una vez todos nos hemos parado a pensar: ¿de dónde venimos?

Como cristianos que somos la mayoría de nosotros —incluso aunque solo sea culturalmente, claro está, por haber crecido en una sociedad fundamentada durante siglos en esta religión—, tenemos implantado el sesgo creacionista que heredamos, de forma común con los griegos, de tradiciones orientales antiquísimas. No podemos concebir no pensar en los orígenes remotos, la creación, el principio de las cosas. Incluso eliminando a los dioses de la ecuación, como tantas veces sucede en nuestro mundo actual, ¿no trata acaso la física cuántica de explicar el origen del universo? ¿No es esta la forma última de cosmogonía moderna?

Y, sin embargo, los primeros romanos jamás pensaron en cómo y por qué habían surgido el universo, los dioses y los seres humanos. Aquellos primeros romanos *no tuvieron mitos*.

¿UNA SOCIEDAD SIN MITOS?

A pesar de que esta pueda verse como una afirmación algo tajante, y ciertamente un tanto simplista, es nuestra premisa básica para comen-

zar este viaje. Cuando hablemos, más adelante, de cómo se relacionaban los romanos con sus divinidades, de cuáles eran sus ritos y de cómo vivían la religión en el día a día, recordarás esta idea y comprenderás por qué la religiosidad romana era totalmente diferente del resto de las que convivieron con ella en el mundo antiguo y, por supuesto, de las que la sucedieron en el tiempo hasta nuestros días.

Vamos a adentrarnos ahora en un mundo arcaico, uno tan antiguo que se pierde en la bruma de los tiempos. Un mundo que es tan arcano para nosotros como muchas veces lo era para los propios romanos que llegarían después. Si todos los pueblos con raíz indoeuropea, e incluso algunas culturas no indoeuropeas —incluyendo, por ejemplo, una tan cercana a la romana como la etrusca—, comparten la idea de los mitos creacionistas del universo, ¿por qué los romanos no lo hacen? Este tipo de ausencias son tan importantes para conocer la historia como las presencias.

Una posible explicación de la investigación tradicional para esta pregunta se basó en la idea de que aquellos primeros romanos sí tuvieron mitos cosmogónicos, teogónicos y antropogónicos, pero los olvidaron. La transmisión oral hizo que, en algún momento, esos mitos comunes se perdieran y que las generaciones sucesivas no fuesen capaces de plasmarlos por escrito. Realmente es una explicación lógica, o eso puede parecer a primera vista. Pero entonces tendríamos que explicar qué ocurrió exactamente para que, en este caso tan particular, los propios romanos se olvidaran de sus orígenes. ¿Acaso estaban tan enfrascados en la guerra que no pudieron mantener su legado? ¿Eran estos mitos parte de una cultura romana de «clase baja» que no ha dejado rastro? ¿Sucedió algún acontecimiento catastrófico que enterró la memoria de su propio pasado? ¿Eran demasiado prácticos para mantener viva su tradición y terminaron prefiriendo la historia al mito? Realmente, ninguna de estas ideas parece propia de la idiosincrasia romana.

Hoy en día, a pocos convence esta teoría u otras similares que han llegado a afirmar que los primeros romanos directamente no tenían dioses. Según esta hipótesis, serían un pueblo que solo consideraba la existencia de estructuras difusas y etéreas de conceptos divinos sin forma física o nombre. Por supuesto, estas ideas, basadas en interpretaciones erróneas de términos latinos como *numen* —poder o fuerza divina—, están superadas y desmentidas por la investigación actual. Nuestra respuesta está más cerca de lo que pensamos.

Aceptemos como premisa, por tanto, que los romanos no contaban en un primer momento con relatos que mostraran a sus semejantes cuál había sido el origen del cosmos. Pero, ¿y los dioses y los humanos? ¿Realmente no se planteaban de dónde venían? Lo cierto es que sí lo hacían, pero, a diferencia de otras culturas, la romana no trató de verse como la generadora del mundo. La cronología griega u otras como la judía tenían en común que pensaban en el origen del mundo como en un acontecimiento relativamente cercano a su propio presente, no más de unos cientos de años en el pasado. Los romanos, por el contrario, pensaban, incluso antes de tener amplios contactos con el mundo griego, que largas épocas les separaban del comienzo de los tiempos. Muchos otros habían poblado la tierra antes que ellos; tanto era así que consideraban que habían llegado a desarrollarse muy tarde como pueblo, aunque esto realmente no era algo que les preocupara demasiado.

Estas ideas, que podemos extraer tanto de la propia tradición posterior como de los restos arqueológicos de sus tiempos más remotos, parecen apuntar hacia una mentalidad en la que no era importante preocuparse de cómo había surgido el mundo, de dónde procedían los dioses o si acaso había existido realmente un comienzo y los dioses tenían un origen o todo era eterno e inmutable. Ellos, conscientes de que estos conceptos escapaban a su conocimiento, centraron sus esfuerzos en explicar el origen, no del género humano, sino de algo mucho más cercano: la estirpe de los romanos.

Todo esto nos lleva a matizar, ahora de una manera mucho más informada, la idea que habíamos planteado antes: los romanos sí tuvieron mitos, pero los suyos eran diferentes a los de los demás. No tuvieron poetas como Homero y Hesíodo y no se centraron en el origen universal de las cosas, sino en el de un pequeño pueblo que, aunque había llegado mucho más tarde que el resto, estaba destinado a ser fundamental en la historia del mundo.

Desde los albores de su existencia como civilización, los romanos tuvieron muy claro que su papel tenía que ser, necesariamente, trascendental y transformador. No en vano se consideraban a sí mismos descendientes de los dioses a través de Eneas el dármano, hijo de Venus, que tras la destrucción de la ciudad de Troya surcó el mar hasta llegar al Lacio (Latium, en latín), la tierra prometida en la que nacería la nueva estirpe romana. Desde la ciudad de Lavinio (lat. Lavinium), en la que se habían mezclado los recién llegados troyanos y los indígenas latinos, partió años después su hijo Ascanio para fundar su propia ciu-

dad, Alba Longa, como lo había hecho su padre. Alba Longa estaba destinada a ser la cuna de una lista de reyes —inexistente o muy reducida en las primeras versiones del mito— que, descendiendo a través de la línea de sangre troyana, llegaría a alumbrar a dos gemelos: Rómulo y Remo. Ellos, hijos de la vestal Rea, violada por el dios Marte, serían finalmente los fundadores de la ciudad que dominaría el mundo durante más de mil años: Roma.

De este pequeño resumen del origen del cosmos romano podemos extraer que los romanos estaban tremendamente orgullosos de dos conceptos fundamentales. El primero era ser descendientes directos de los dioses. Por un lado, de Venus, madre de Eneas, y por el otro de Marte, padre de Rómulo. Y es que, como ya hemos podido comprobar, ellos se consideraban inferiores o menos desarrollados que otros pueblos en algunos aspectos por su *tardía* llegada al mundo, pero si por algo destacaban era por su piedad y su religiosidad para con los dioses. Así lo expresó el gran orador Cicerón a mediados del siglo I a. C.

Quam volumus licet, patres conscripti, ipsi nos amemus, tamen nec numero Hispanos nec robore Gallos nec calliditate Poenos nec artibus Graecos nec denique hoc ipso huius gentis ac terrae domestico nativoque sensu Italos ipsos ac Latinos, sed pietate ac religione atque hac una sapientia, quod deorum numine omnia regi gubernarique perspeximus, omnis gentis nationesque superavimus.

Aunque podemos, senadores, tenernos toda la estima que queramos, sin embargo, no hemos superado a los hispanos en número, ni a los galos en fuerza, ni en astucia a los cartagineses, ni en artes a los griegos ni, por último, a los propios itálos y latinos en ese sentimiento tan característico de identidad nacional de su pueblo y su tierra; pero hemos superado a todos estos pueblos y naciones en piedad y religiosidad, y en este último conocimiento: hemos comprendido que todo se rige y se gobierna por voluntad divina.

(Cicerón, *Sobre la respuesta de los arúspices* 19)

Y más allá de la altísima estima religiosa que tenían los romanos de sí mismos, algo que vamos a seguir comprobando sobradamente de aquí en adelante, el segundo concepto fundamental que se destila de sus orígenes míticos es que se tenían por un pueblo diverso, llegado desde diferentes lugares de la tierra para terminar formando lo que acabaría

siendo la ciudad de Roma. No se jactaban de pertenecer a un lugar desde tiempos inmemoriales, puesto que toda su historia legendaria se basaba en la migración de un pequeño grupo de troyanos exiliados que, guiados por Eneas, lucharon contra todo tipo de adversidades en el mar para conseguir llegar a un lugar mejor en el que poder vivir. Allí se mezclaron con los pueblos de la zona, como los latinos, generando fuertes vínculos de hermandad que se mantendrían en el tiempo.

Pero su diversidad no acabó ahí. Al fundar Roma, Rómulo se encontró con un problema poblacional que supo resolver permitiendo la llegada de gente de muchos otros lugares hasta la zona del *asylum* —de donde procede nuestra palabra *asilo*, que apela al sentimiento de amparo y protección hacia otras personas—, una vaguada que hoy ocupa *grosso modo* la Piazza del Campidoglio y que unía las dos cimas del monte Capitolio. Al menos, así es como les gustaba a los romanos retratar sus propios orígenes, incluso concediendo que la mayoría de los que aceptaron la llamada del rey romano eran, como cabía esperar, bandidos, exiliados y esclavos fugados que buscaban empezar de cero en un nuevo lugar. Así fue como gentes de muy diversa condición fueron capaces de unirse para generar algo nuevo y diferente. Esa era la grandeza que los propios romanos veían en sí mismos.

Hemos establecido que los primeros romanos no valoraban demasiado la procedencia de una persona, lo cual está muy relacionado con su desinterés por conocer los orígenes remotos de aquellos que habían existido antes que ellos, esos primeros humanos que habían nacido directamente de la tierra. Son este tipo de conocimientos arcaicos los que, transmitidos incluso de forma inconsciente de generación en generación, dejan un poso de conocimiento que se mantiene a través del tiempo. Así, en latín, la expresión *terrae filius* —hijo de la tierra—, se empleaba no para designar un origen milenario y venerable, sino para nombrar a un desconocido, alguien cuyo origen era incierto.

LOS DIOS CIUDADANOS

A diferencia de los mitos griegos, centrados en los orígenes universales, los de los romanos eran, como hemos comprobado, mucho más humanos. El origen que les interesaba era el de la ciudad y los ciudadanos. Aun así, la épica que muestra la raíz legendaria del pueblo romano no tiene nada que envidiar a la de cualquier otra civilización. No

fueron los primeros en creer que su historia era la del pueblo elegido por los dioses, que les habían guiado hasta la tierra prometida. Lo que sí es cierto es que el paso de los siglos terminaría por darles la razón, a los romanos y a sus dioses.

Unos dioses a los que estos primeros romanos rendían culto sin preocuparse tampoco de cuándo habían surgido o de cómo eran sus vidas antes de recibir la veneración por su parte. De hecho, el *dies natalis* —día del nacimiento— de las divinidades romanas se celebraba cada año en el día de la *dedicatio* —inauguración— del templo en el que se les comenzaba a rendir culto. Así, los romanos conmemoraban el nacimiento del dios Marte el día 1 de marzo, momento en el que, según la tradición, había sido establecido su culto por parte del rey Rómulo, dando inicio al año arcaico. Los dioses se convertían así en verdaderos ciudadanos romanos, divinos y superiores a todos los demás, pero integrados en la vida diaria de la sociedad.

Marco Terencio Varrón escribió a mediados del siglo I a. C. la que está considerada su obra cumbre: *Antiquitates rerum humanarum et divinarum* —*Antigüedades humanas y divinas*—. Este gran erudito romano dividió su trabajo en veinticinco libros sobre la *res humanae* y dieciséis dedicados a la *res divinae*. La obra era un espectacular compendio de conocimiento sobre los humanos, sus vidas, costumbres, sus ciudades, pero también sobre los dioses, sus ritos, los sacerdotes, las festividades sagradas y la religión en general.

Por desgracia, como podrás intuir por el uso de la forma verbal en pasado, este enorme compendio de conocimiento, que nos habría ayudado a comprender mucho mejor la antigua Roma, se perdió muy pronto, sin que se conserve ninguna copia en la actualidad. Aun así, podemos reconstruir algunos de sus fragmentos a través de citas de otros autores, especialmente en la obra *De civitate Dei contra paganos* —*La ciudad de Dios contra los paganos*— del apologeta cristiano de finales del siglo IV y principios del V Agustín de Hipona.

Iste ipse Varro propterea se prius de rebus humanis, de divinis autem postea scripsisse testatur, quod prius extiterint civitates, deinde ab eis haec instituta sint [...] Varronis igitur confitentis ideo se prius de rebus humanis scripsisse, postea de divinis, quia divinae istae ab hominibus institutae sunt, haec ratio est: «Sicut prior est, inquit, pictor quam tabula picta, prior faber quam aedificium: ita priores sunt civitates quam ea, quae a civitatibus instituta sunt».

Este mismo Varrón afirma haber escrito primero sobre las cuestiones humanas y después sobre las divinas porque primero existieron las ciudades, después lo que estas instituyeron. [...] La justificación que ofrece Varrón cuando afirma haber escrito en primer lugar sobre las cuestiones humanas y después sobre las divinas en cuanto que las divinas fueron instituidas por humanos, es la siguiente: «Así como el pintor, dice, es anterior al cuadro pintado y el constructor anterior al edificio, del mismo modo las ciudades son anteriores a sus instituciones».

(Agustín de Hipona, *La ciudad de Dios contra los paganos* VI, 4
= Varrón, *Antigüedades humanas y divinas* fr. 5B)

Como vemos, incluso para un romano piadoso y tradicionalista como Varrón, los dioses, y especialmente sus cultos, deben surgir necesariamente de los mortales que los instituyen en las ciudades. No obstante, no debemos pensar que Varrón está tratando de decirnos que los dioses no son más que productos de la imaginación y de la necesidad de los humanos. Se refiere tan solo a los cultos y a las ideas que los romanos tenían de esos dioses inmutables. Por lo que a ellos concernía, las divinidades podrían haber estado ahí siempre, pero solo cobraban importancia desde el momento en que las descubrían por las necesidades que se les presentaban en el día a día.

Por supuesto, Agustín tan solo citaba a Varrón para desacreditar sus ideas de forma tajante, dado que este autor cristiano pertenecía a la *única religión verdadera*, en la que el creador del universo tenía un valor supremo y era quien inspiraba a los ciudadanos y no al contrario. Pero no nos adelantemos, que ya tendremos tiempo de hablar de las ideas de Agustín.

Los mitos originalmente romanos, ahora ya podemos verlo con claridad, tienen como protagonistas a los propios romanos y como punto central la fundación de la *ciudad eterna*: Roma. Estas son las leyendas que fueron transmitiéndose a través de los siglos; primero de boca en boca y más adelante, seguramente ya desde el siglo IV y especialmente en el III a. C., fijadas en los volúmenes de papiro. Las distintas versiones del mito fundacional romano, que divergen ampliamente en elementos importantes de la trama, por fin llegan a un mismo desenlace: el rito fundacional de Rómulo.

El nuevo rey ordenó que se excavara un pozo en la zona que posteriormente sería conocida como *Comitium*, en pleno Foro Romano. En

él se depositaron, según cuenta Plutarco (*Vida de Rómulo* 11), todos los productos que eran buenos y necesarios por ley y naturaleza —en definitiva, las ofrendas del mundo natural y humano— para consagrar la nueva ciudad. Después, cada uno de los que allí estaban reunidos echó un puñado de tierra traída de sus lugares de procedencia para después mezclarlas y formar una nueva tierra estable basada en la unión de todas ellas. Ese pozo era conocido como *mundus*, literalmente ‘el mundo’, el punto central, pero no del universo, sino de la nueva civilización que se acababa de crear. Aquel era el único «génesis» que importaba realmente.

A su alrededor se fue desarrollando en los siglos posteriores el área más importante de toda Roma, el Foro, centro de la vida política, social y religiosa de la ciudad. Junto al *mundus* se situaron los *rostra* —la tribuna de los oradores— y otros elementos fundamentales como el *miliarium aureum*, de Augusto, que representaba el punto central no ya de la ciudad, sino de todo el sistema viario del Imperio romano. No es de extrañar que, durante el Imperio, el *mundus*, que constituía también un punto de conexión fundamental con la tierra y el inframundo, fuera realzado con una estructura monumental superior conocida como *Umbilicus Urbis*, el ombligo de la ciudad. Este nombre era análogo al llamado ὀμφαλός —ónfalo— de Delfos, la roca que, en la tradición mitológica griega, había tragado Cronos creyendo estar devorando a su hijo Zeus. Este, ya convertido en el soberano de los dioses, la colocó en el lugar que, se decía, era el centro del mundo. Delfos lo fue para los griegos y ahora los romanos demostraban que esa misma esencia se encontraba en Roma.

Romanae spatium est urbis et orbis idem.

El espacio de la urbe romana es el mismo que el del orbe.

(Ovidio, *Fastos* II, 684)

Solo entonces, Rómulo, *Urbis conditor* —fundador de la Ciudad—, unció al arado con reja de bronce un buey y una vaca blancos¹ para trazar el *sulcus primigenius*, el primer surco que marcaba el *pomerium*

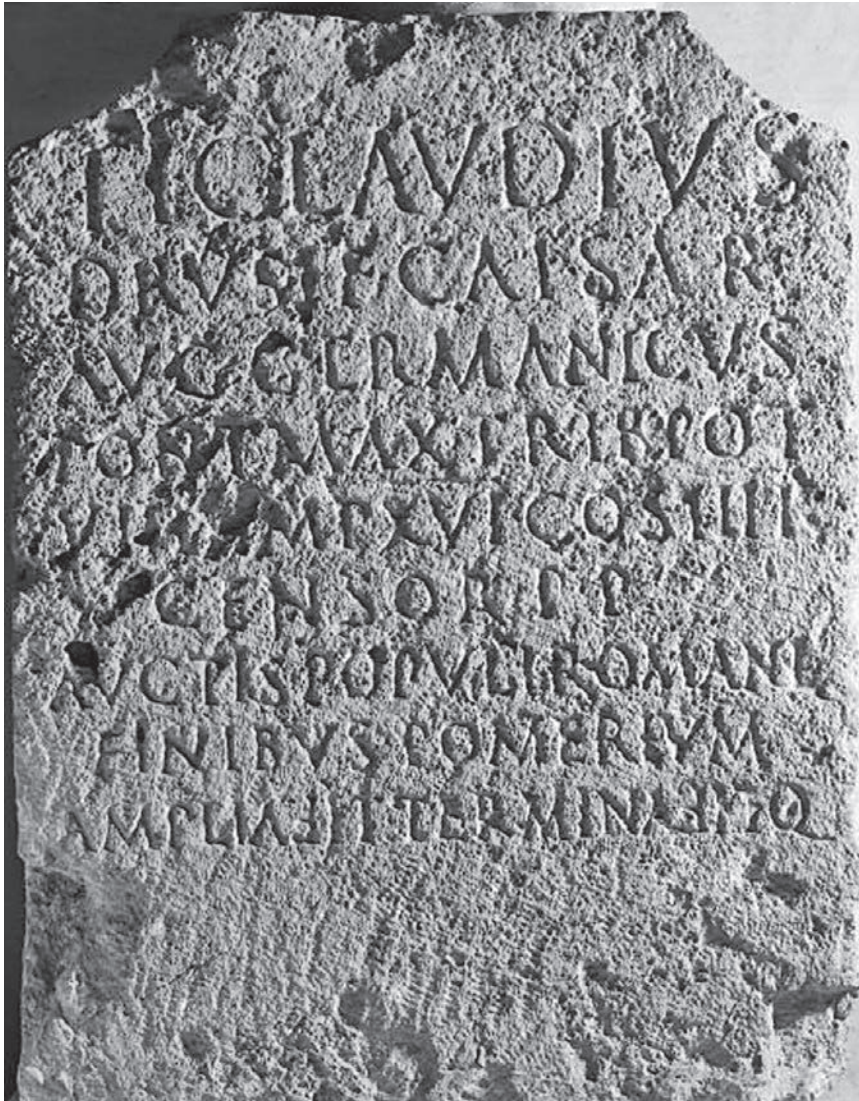
¹ Resulta interesante resaltar que el buey se colocaba en la parte exterior para simbolizar la protección y el vigor y la vaca en la parte interior, como símbolo de la fertilidad de la ciudad.

—el recinto sagrado de la ciudad— en un solemne ritual de origen etrusco que protegía y separaba para siempre la nueva fundación del terreno profano del exterior. Por otra parte, calificar de *primigenius* aquel surco en la tierra denotaba una idea clara: no había nada antes que aquello y, si lo hubiera, no importaba en absoluto.

Dentro del *pomerium* de la ciudad se instituyó el culto y la veneración a los diferentes dioses romanos. Este recinto sagrado, cuya forma original no está totalmente clara —algunos autores clásicos indican que se trataba de un círculo y otros de un cuadrado—, no se correspondía con el trazado de las murallas, puesto que estas ofrecían una protección terrena y aquel una celestial. Los romanos pensaban que el límite original instituido por el rey Rómulo rodeaba el monte Palatino, y quien más adelante fuera corregente de la ciudad, Tito Tacio, lo extendió al monte Capitolio y a la zona de lo que, tiempo después, sería el Foro Romano.

Los sucesivos reyes ampliaron el recinto sagrado de Roma para ir acomodando en él nuevas áreas por las que la ciudad se expandía según avanzaban los años. Cuando la monarquía romana fue abolida, en el año 509 a. C. —una época que empieza a abandonar la senda del mito para tomar la de la historia—, se encontraban dentro del *pomerium* las colinas del Quirinal, el Viminal y el Esquilino. Con el paso del tiempo fueron varias las ocasiones en las que se ampliaron los límites sagrados. Podían hacerlo los generales victoriosos que habían conseguido agrandar, en una lectura estrictamente geográfica, los límites del Imperio. De ese modo se reflejaba en la ciudad el crecimiento territorial que existía más allá de ella. Sabemos que este fue el caso del general Sila y tal vez Augusto lo hiciera también, aunque no está del todo claro por no ser fiable la fuente que lo menciona, la llamada *Historia Augusta*. Al fin y al cabo, la expansión del *pomerium* era un hito que seguramente Augusto habría anotado con satisfacción en sus memorias políticas, las *Res gestae*.

Sabemos con certeza que, durante el periodo imperial, Claudio —en el año 49— y Vespasiano —en el 75— ampliaron el recinto sagrado y, de nuevo, la dudosa y tardía *Historia Augusta* apunta que también lo hicieron Nerón, Trajano y Aureliano. Fuera así realmente o no, lo que sí parece seguro es que se respetaba siempre la idea de la ampliación territorial, quedando incluso grabado en piedra con una fórmula, como esta de época del emperador Claudio:



Cipo de la ampliación del *pomerium* ordenada por el emperador Claudio.
Museos Vaticanos, Ciudad del Vaticano (© Musei Vaticani).

TI(berius) CLAVDIVS
 DRVSI F(ilius) CAISAR
 AVGVSTVS [...]
 AVCTIS POPVLI ROMANI
 FINIBVS POMERIVM
 AMPLIAIT TERMINAITQ(ue)²

Tiberio Claudio César Augusto, hijo de Druso [titulatura]
 habiendo aumentado los límites del pueblo romano,
 amplió y definió el *pomerium*.

(Inscripción de un cipo del *pomerium* —fragmento— 49 d. C.
Corpus Inscriptionum Latinarum VI, 40852)

Claudio hizo disponer más de cien de estas inscripciones que delimitaban cada uno de los puntos en los que el *pomerium* cambiaba de dirección. Así se marcaba el trazado exacto que debía respetarse como terreno sagrado sobre el que nadie podía construir. Vespasiano añadió algunas nuevas inscripciones y Adriano restauró otras tantas en el año 121, lo que demuestra la piedad de estos emperadores que siempre trataron de hacer respetar escrupulosamente los límites sagrados de Roma. Y aunque no conocemos el recorrido exacto del *pomerium* en los diversos periodos, es posible hacerse una idea de lo que llegó a ser puesto que, entre los años 271 y 275, el emperador Aureliano ordenó construir una nueva gran muralla para defender Roma que, probablemente, seguía el trazado que marcaba el *pomerium* en aquella época.

Es interesante reseñar la diferencia que siempre tuvo, al menos hasta finales del siglo III, el trazado amurallado de la ciudad respecto al del recinto sagrado. Como ejemplo paradigmático, a pesar de que la población se había extendido al monte Aventino mucho antes, esta zona de Roma no entró a formar parte del *pomerium* hasta la reforma del emperador Claudio. En el interior del recinto sagrado no podían establecerse cultos religiosos dedicados a divinidades extranjeras, mientras que sí podían levantarse este tipo de santuarios dentro de la

² Si has mirado esta nota preguntándote qué letra es la «I», se trata de la digamma inversum, una de las tres letras que añadió el emperador Claudio al abecedario latino. Solo fue usada durante su reinado, por lo que si alguna vez la ves en una inscripción romana, puedes saber con seguridad a qué periodo pertenece solo por ese rasgo característico.

zona amurallada. Tendremos tiempo más adelante de hablar de la llegada de cultos extranjeros a Roma y de cómo algunos de ellos consiguieron introducirse directamente en el corazón de la ciudad en circunstancias muy especiales.

Y, aun así, todos estos esfuerzos por mantener una impresionante rigurosidad religiosa a punto estuvieron de no materializarse, puesto que la nueva población de la Roma de Rómulo seguía teniendo un grave problema. Sin un número suficiente de mujeres, la gran gesta de su fundación podría no durar más de una generación. Aquí es donde, por primera vez, entra en acción la mujer como pseudoprotagonista en una historia de hombres. Una *ginecogonía* a la romana, si me permites el término. En definitiva, la romana era una sociedad falocéntrica que, por otra parte, tenía a la mujer en alta estima a su manera, pues eran las matronas romanas las únicas que podían engendrar nuevos hombres que sirvieran a la *res publica*.

El mito cívico que narra cómo se solucionó el problema es bastante conocido, pienso, por haber sido reproducido en diversas ocasiones por pintores modernos y por su desarrollo, que seguramente —desde nuestra mentalidad del siglo XXI— nos resulta chocante. Se trata del famoso rapto de las sabinas.

Durante la fiesta de las *consualia*, dedicadas a agradecer al dios Conso la protección del grano almacenado de la cosecha, los romanos invitaron a diversos pueblos vecinos que llegaron en masa a Roma para disfrutar de una jornada festiva. Pero, más allá de la fiesta, Rómulo había planeado secuestrar a todas las mujeres que pudieran para casarse con ellas y engendrar herederos para la estirpe romana. Y así lo hicieron. A la señal del rey, cada romano tomó a una mujer mientras los hombres sabinos, desarmados, huían de allí temiendo que los capturaran también a ellos para luego matarlos.

El destino de aquellas mujeres —seiscientos ochenta y tres, según la tradición clásica— tendría que ser resignarse, sumisas, a su nueva condición de mujeres de Roma, que generosamente les había sido «otorgada» por los romanos. Felicidad, y no vergüenza y humillación, era lo que deberían sentir aquellas mujeres. Los sabinos, por su parte, trataron de rescatarlas enfrentándose a los romanos, hasta que Hersilia, la nueva esposa de Rómulo, se colocó entre los dos bandos y, para no perder ni a su padre ni a su nuevo marido, en un gesto de valor y piedad totalmente mitificado, aceptó su situación, quedándose en Roma para perpetuar su estirpe. Esta leyenda no solo muestra, una vez más,

el orgullo del pueblo romano ante la mezcla de gentes de la que provenían, sino que además funciona como mito moralizante para entender el matrimonio y la creación de los vínculos familiares en la sociedad romana. Así, las mujeres romanas comprendían desde pequeñas cuál habría de ser la forma *correcta* de comportarse en su vida.

Pero dejemos ya de hablar de hombres y mujeres, seres mortales, en definitiva, que están por debajo de las divinidades. ¿De dónde habían surgido los dioses que les gobernaban y que, según el propio mito, habían generado la nueva estirpe romana?

Para resolver esta pregunta tenemos que comprender un concepto fundamental, aplicado en la religiosidad romana, que podríamos extrapolar también a muchos otros campos del saber de la antigua Roma. Se trata de la ortopraxis, el conocimiento religioso basado en la experiencia y no en la fe y sus dogmas. Para los romanos, que los dioses hubieran surgido en algún momento anterior a ellos no era de su incumbencia. Como ya nos había adelantado Varrón, el culto a los dioses es siempre posterior a la propia ciudad y, como tal, solo el tiempo permite conocer mejor a esos dioses, y no una revelación dogmática.

Para un romano, el conocimiento total y último de los dioses era simplemente una quimera. Seguramente muchos pensarían que saber todo lo necesario sobre las divinidades les pondría las cosas mucho más fáciles a la hora de rendirles culto. Pero, como veremos, en la mayoría de los rituales religiosos romanos la sencillez brillaba por su ausencia.

Adentrándonos un poco más en esta idea, al referirse al conocimiento sobre los dioses, Varrón vuelve a aclararnos que ese conocimiento debe servir para identificar a qué divinidad es más beneficioso dirigirse en cada momento. Del mismo modo que de un médico lo que necesitamos, por encima de todo, no es saber su nombre sino sus conocimientos curativos —explica Varrón en boca, una vez más, de Agustín (*La ciudad de Dios contra los paganos* IV, 22)—, lo que nos resulta provechoso de una divinidad es saber en qué puede ayudarnos. Tanto era así que en las plegarias a los dioses, más allá de los *dei certi et sempiterni* —los dioses eternos y con una función definida—, los romanos solían incluir la coletilla *sive deus sive dea* —ya seas dios o seas diosa—. Así se aseguraban de que sus peticiones llegaran a oídos de las divinidades apropiadas, incluso si uno había olvidado mencionar a alguna de ellas o —y esto será muy importante de aquí en adelante— si

se trataba de una divinidad de la que los romanos todavía no tenían constancia.

Ese es el conocimiento de los dioses que les importaba a los romanos piadosos. En ningún caso debemos pensar en las leyendas de la mitología griega, pues entraríamos en conflicto con lo que representaban la moral y la mentalidad religiosa romanas. De hecho, con el paso de los siglos, especialmente a partir del III a. C., fueron llegando a oídos de los romanos los diversos relatos que formaban los mitos teogónicos griegos. En ellos, unas generaciones de dioses engendraban a las siguientes, el mundo divino y el terreno se entremezclaban continuamente y había escenas más representativas de las pasiones humanas que de la rectitud divina. Todas estas leyendas, desde un primer momento, generaron una evidente repulsión en la sociedad romana, que las veía como exageraciones improcedentes y *superstitiosas*. Y como ya habrá tiempo de explicar todo lo referente a la *superstitio* romana, baste ahora decir que este concepto que acabo de emplear no tenía exactamente el mismo significado para ellos que para nosotros, pero no te equivocarás si le otorgas una connotación despectiva y poco apropiada (► pág. 173).

Es innegable que los mitos griegos —y también los etruscos— terminarían influyendo de una forma u otra en el pensamiento religioso romano con el paso de los siglos, pero, en general, estas leyendas eran vistas en Roma como un mero divertimento, una forma poética de entretener tanto a los mortales como, incluso, a los propios dioses. Y a los que defendían las posturas más estrictas de la moral religiosa, como Varrón, poco les importaban las ficciones indignas que los poetas quisieran inventar sobre los dioses. Una actitud, por otra parte, compartida por historiadores griegos de recta metodología que, como Tucídides, criticaban la ambigua moral de los poetas que embellecían, o directamente inventaban, lo que escribían. Que la verdad no te estropee una buena historia, que diríamos hoy en día. También filósofos como Jenófanes de Colofón, de la escuela de Mileto, habían criticado ya en el siglo VI a. C. las ideas de Homero y Hesíodo escribiendo, como lo haría siglos después Varrón, que los humanos quieren pensar que los dioses son como ellos y por eso los moldean, ayudados por los poetas, a su imagen y semejanza. Y continúa con el siguiente ejemplo: si los bueyes, los caballos o los leones tuvieran capacidad para contar las historias de sus dioses, aquellos tendrían cabeza y cuerpo de buey, caballo y león, respectivamente.

LOS NUEVOS MITOS

Pero, a pesar de estas voces discordantes —incluso en el mundo griego clásico— los mitos terminaron por calar, tanto que los romanos comenzaron a interesarse por escribir sus propias versiones de los orígenes del cosmos. Pero lo hicieron, eso sí, muchos siglos después de haberse desarrollado como sociedad, cuando ya dominaban prácticamente todo el Mediterráneo. Tal vez nos resulte extraño pensar en mitología dentro de una sociedad que ya había *evolucionado* durante varios siglos. Una sociedad que había sido capaz de conquistar grandes territorios y que había unificado un imperio territorial que generaría una gran globalización social y mercantil alrededor del *Mare Nostrum*. Una sociedad *tan avanzada* no debería crear mitos, ¿o sí?

Al fin y al cabo, como sabemos, los romanos primigenios ya habían creado los suyos propios. ¿Por qué no añadir algunos nuevos en consonancia con una mentalidad más abierta, influida por otras culturas? ¿Acaso no se crean en la actualidad relatos de ficción en forma de novelas, incluso basadas en la antigua Roma? Los romanos, especialmente a partir del siglo I a. C., adaptaron y reelaboraron las bases de los mitos importados para dar forma a unos nuevos que fueran más fácilmente tolerados por la mayoría. No se trata, por supuesto, de una simple labor de traducción y copia —retomaremos este tema más adelante (► pág. 81)—, sino que existe un trabajo mucho más profundo de interpretación e interconexión.

A modo de ejemplo, es interesante conocer el caso del monstruo Caco, un gigante que atemorizaba desde su cueva en el monte Aventino, decorada con cabezas humanas, a los pastores que habitaban la zona antes siquiera de que Roma fuera fundada. Un día pasó por allí Hércules con el rebaño de bueyes que le había arrebatado a Gerión en su décimo trabajo. Se echó a descansar junto al monte Palatino y Caco aprovechó para robarle varios animales arrastrándolos del rabo hasta su cueva para que sus huellas, al ir en la dirección contraria, no delataran el hurto. Cuando Hércules despertó y descubrió lo que había ocurrido, fue a la cueva y se enfrentó al monstruoso ser. Y a pesar del fuego que expulsaba Caco por la boca, Hércules consiguió darle muerte, liberando a aquellas gentes de su tiranía. En su honor se levantó un altar y así comenzó la veneración a Hércules en Roma.

Esta leyenda, que imbricaba el mito de los doce trabajos de Hércules con la ciudad de Roma y permitía explicar el origen mitológico del culto a este dios, es el ejemplo perfecto de esta reinterpretación de las leyendas griegas para enlazarlas con el contexto romano. Así también se explicaba el origen del Ara Máxima de Hércules —que actualmente se encuentra cerca de la famosa *Bocca della Verità*, bajo la iglesia de Santa María in Cosmedin— y su relación con el Foro Boario, el mercado de ganado de la ciudad. Probablemente, antes de la invención de esta leyenda, Caco y su hermana Caca serían seguramente unas antiguas divinidades itálicas relacionadas con el fuego, lo que revela la influencia del elemento local en estos nuevos mitos romanos, que los hacía fácilmente distinguibles de los extranjeros. Aun así, el nuevo mito reinterpretó el papel de Caco para representarle como un ladrón de ganado, un concepto con el que quedaría fosilizado hasta nuestros días en la asociación del término *caco* con el sentido de ladrón astuto.

En cualquier caso, los nuevos mitos no llegaron a suponer un desarrollo teológico en sí mismos. Es decir, los conceptos religiosos de los romanos no cambiaron ante la adopción de estas leyendas en el ámbito social. Este tipo de ideas dogmáticas eran más propias de otras religiones, aquellas que basaban su conocimiento de la divinidad en la revelación de un libro sagrado.

Entre los autores romanos hay que destacar especialmente a Ovidio, con el comienzo de sus *Metamorfosis*, la sexta bucólica de Virgilio o Lucrecio con su *De rerum natura*. Todos ellos, desde sus diferentes visiones, entregaron a los romanos más letrados —ahora sí— sus propias cosmogonía, teogonía y antropogonía. Algunos de estos nuevos mitos fueron creados desde una perspectiva más tradicional, como la de Ovidio. Comenzó sus *Metamorfosis* con la teoría de la creación del mundo a partir del caos, como ya hiciera Hesíodo, aunque el poeta romano lo entendía no como un vacío, sino como una masa informe, enmarañada y estéril sobre la que se amontonaban las cosas mal ensambladas. Solo entonces un dios, quien quiera que fuese ese *fabricator mundi*, el constructor del mundo —asimilado con el Demiurgo, el poder último y universal del pensamiento platónico—, separó el cielo de la tierra y la tierra de las aguas y todos ellos los pobló de animales.

*Sanctius his animal mentisque capacius altae
deerat adhuc et quod dominari in cetera posset:*

*natus homo est, sive hunc divino semine fecit
 ille opifex rerum, mundi melioris origo,
 sive recens tellus seductaque nuper ab alto
 aethere cognati retinebat semina caeli.
 Quam satus Iapeto, mixtam pluvialibus undis,
 finxit in effigiem moderantum cuncta deorum.*

Faltaba todavía una criatura más noble, dotada de más alto entendimiento, que fuera capaz de dominar al resto: nació el ser humano, ya sea porque lo crease de una semilla divina el artífice de todas las cosas, como origen de un mundo mejor, ya sea porque la tierra recién creada y recién desgajada del alto éter retenía semillas del cielo, nacido junto a ella. El hijo de Jápeto [Prometeo] modeló la tierra, mezclada con agua de lluvia, a imagen de los dioses que todo lo gobiernan.

(Ovidio, *Metamorfosis* I, 76-83)

Lucrecio, por otra parte, escribió *Sobre la naturaleza de las cosas* como un tratado que intentaba ir mucho más allá de la idea tradicional de la creación. En el libro quinto se muestra una filosofía naturalista que intentaba explicar el mundo desde un punto de vista alejado de los dioses que, a pesar de existir, tenían mejores cosas que hacer que preocuparse de los humanos. Este pensamiento epicúreo pretendía resaltar la condición precedera y cíclica del mundo y de todo lo que este contenía. La disertación, más allá de ciertas críticas cristianas que la acusaron de promover el ateísmo, intentaba eliminar el temor humano a la muerte, una de las bases del pensamiento epicúreo. En palabras de Filodemo de Gadara, escritas en un rollo de papiro hallado en estado carbonizado en la Villa de los Papiros de Herculano:

Ἄφοβον ὁ θεός,
 ἀνύποπτον ὁ θάνατος
 καὶ τὰγαθὸν μὲν εὐκτητον,
 τὸ δὲ δεινὸν εὐεκατέρητον

Algo que no causa miedo: la divinidad.
 Algo que es indudable: la muerte;
 lo que es bueno es fácil de conseguir,
 lo que es terrible es fácil de soportar.

(Filodemo de Gadara, *Papiro herculanense* 1005, col. 5)

Y aunque posturas como la de Filodemo o la de Lucrecio seguramente no eran la norma, o al menos no en el siglo I a. C., las opiniones sobre los orígenes universales relacionados con los dioses eran relativamente variadas en la antigua Roma. Del mismo modo que nosotros mismos atisbamos los cambios en el sentimiento religioso en nuestra sociedad actual con el paso de los años, podemos detectar las variaciones en la percepción cosmológica romana, especialmente con el transcurrir de los primeros siglos de su existencia como civilización y gracias a la llegada de influencias externas. Pero, más allá de lo que hicieran los dioses antes o después del tiempo de los romanos, ¿quiénes eran en realidad aquellas divinidades? Eso es precisamente lo que trataremos de determinar a continuación.